

JOSÉ MANUEL BONAFONT GIMENO



El Pino
Don Viento y Papelín





El Pino





Érase una vez...

En una isla muy remota, vivía un enorme y viejo pino. Él era el auténtico rey de la isla, pues era el último ejemplar de su especie.

Toda la gente de la isla lo mimaba, lo cuidaba... Era un ejemplar bellissimo, con grandes ramas, y siempre con sus hojas verdes, con un tronco grande y esbelto.

En los días de sol, su sombra cubría gran parte del palacio real. El rey, Sulimán el Grande, tenía su habitación junto al árbol. Desde su terraza podía tocar sus ramas



y oler el perfume que desprendía. En sus ramas dormían y vivían los pájaros que por las mañanas, con su piar, despertaban al rey y a su hermosa hija, la princesa Alfaifa (nombre que significaba “Rayo del amanecer”).

El pino agradecía a la gente de la isla los cuidados y mimos que tenían con él dándoles hermosas piñas.

En su base, a su sombra, los niños jugaban; los ancianos del pueblo se reunían para recordar sus proezas de juventud, y los soldados del rey tenían allí su campamento, pues sus grandes ramas les protegían de las lluvias.

Un día, cuando la gente dormía, hubo un temblor en toda la isla. La tierra se abrió; la



gente, asustada por ese extraño fenómeno, salió corriendo de sus casas. Nadie sabía qué ocurría, era algo desconocido para ellos. Los ancianos no recordaban algo así; no sabían dar respuesta a las preguntas de la gente que corría.

Todos se refugiaron debajo del pino, se sentían protegidos bajo sus ramas. Pero vieron y oyeron que algo sucedía con el pino: sus raíces se rompían, y su tronco se abría.

Huyeron del lugar, sin saber dónde refugiarse. Vieron que el palacio del rey era el más resistente de los edificios, y allí se dirigieron.

Una vez pasada la confusión, salieron de nuevo a la calle. La gente se miraba entre



sí, preguntándose qué había pasado, qué era aquello que les había destruido todo. Muchos vieron desaparecer sus casas, su ganado, su cosecha.

El rey ordenó a su capitán que llamase a los ancianos. Cuando llegaron estos a palacio, les preguntó sobre lo sucedido. Los ancianos se miraban entre ellos sin saber qué contestar. Nadie sabía qué era lo que había ocurrido, era algo que nadie había visto nunca.

El rey entonces ordenó a su capitán que los soldados sacasen de los almacenes reales víveres y todo lo que sirviera para darles a sus súbditos. Ordenó que todos trabajasen, que los soldados ayudasen a la gente a quitar las piedras, los troncos y todo lo que



estuviese roto, que ayudasen a reconstruir de nuevo el pueblo.

Cuando limpiaron todo, vieron que no tenían suficiente material para reconstruir el pueblo. Faltaba madera, y así se lo hicieron saber al rey. Este ordenó a los ancianos que se reunieran con él en palacio y les explicó que no había suficiente madera para reconstruir el pueblo, que la única solución era cortar el pino, que estaba roto y pronto moriría, y así les serviría la madera para ese momento, y el resto se guardaría para otra ocasión. Los ancianos no sabían qué responder; era cortar las raíces del pino, pero también sus propias raíces. Allí bajo el pino habían vivido muchas generaciones de los habitantes de la isla, él les había protegido de tormentas, de los rayos del sol, y ahora debía decidir



si dejarlo vivir o morir. Y la decisión fue que muriese para ayudar a sus familias a reconstruir el pueblo.

El rey ordenó a su capitán que llamase a un puñado de leñadores para que con sus hachas cortasen el pino.

La princesa, detrás de la puerta, escuchaba las palabras de su padre y de los ancianos. Lloraba, pues el pino era su amigo. Él escuchaba sus desdichas, abría sus ramas para que los rayos del sol entraran por las mañanas a través de la ventana de su habitación para despertarla, los pájaros saltaban de las ramas a su balcón y le cantaban hermosas serenatas antes de dormir, y por las mañanas la despertaban con sus graciosos juegos.

